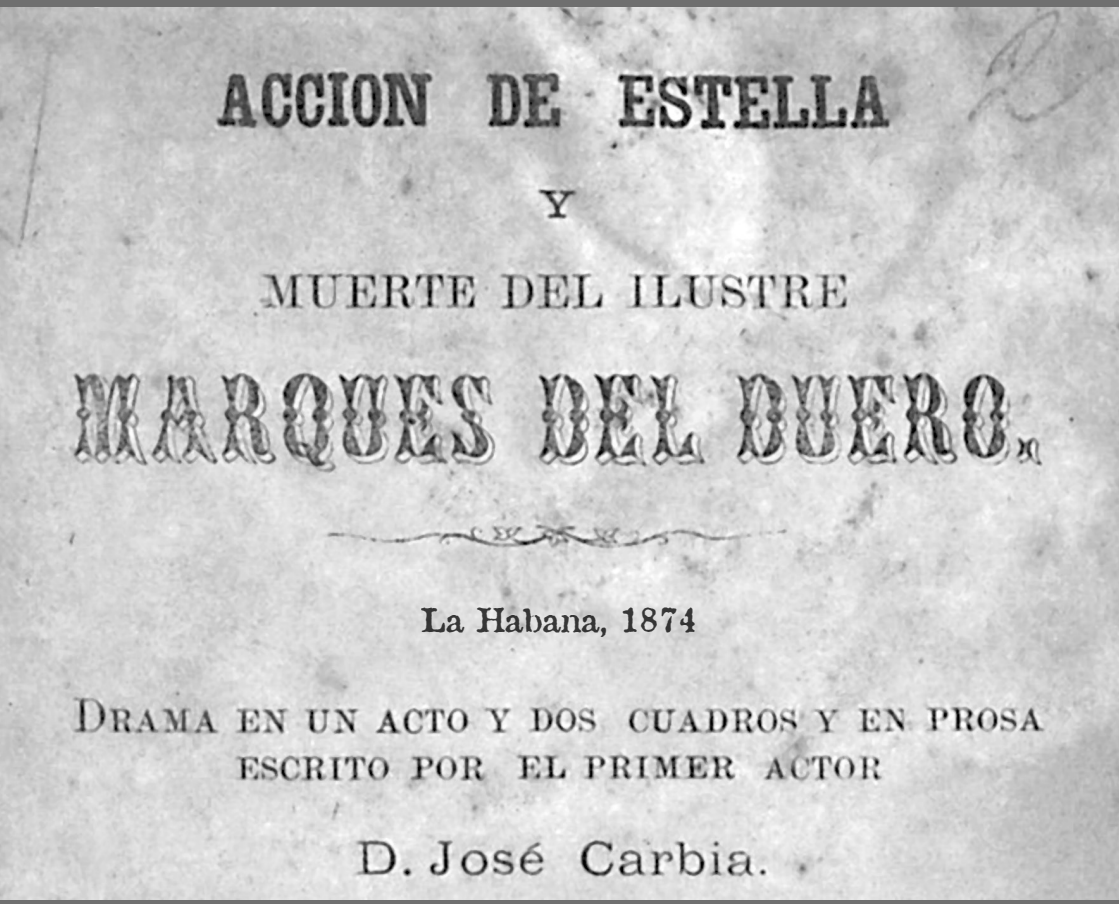

ACCION DE ESTELLA

Y

MUERTE DEL ILUSTRE

MARQUES DEL DUERO.

La Habana, 1874

DRAMA EN UN ACTO Y DOS CUADROS Y EN PROSA
ESCRITO POR EL PRIMER ACTOR

D. José Carbia.

Textos introductorios de

Domingo César Ayala
José Antonio Moreno Durán

San Pedro Alcántara, 2018

ACCIÓN DE ESTELLA Y MUERTE
DEL ILUSTRE MARQUÉS DEL DUERO

Editan:
San Pedro Alcántara 1860
Hermandad de San Pedro de Alcántara

Año de edición:
2018

Maquetación:
Pepe Moyano

Impresión:
Imprenta Caracuel (San Pedro Alcántara)

Printed in Spain - Impreso en España

ACCIÓN DE ESTELLA
Y
MUERTE
DEL ILUSTRE
MARQUÉS DEL DUERO

José Carbia

La Habana, 1874

Textos introductorios de

Domingo César Ayala
José Antonio Moreno Durán

San Pedro Alcántara, 2018

Editan:

San Pedro Alcántara 1860
Hermandad de San Pedro de Alcántara

HOMENAJE AL MARQUÉS DEL DUERO 2018

En un reciente libro sobre Manuel Gutiérrez de la Concha, el autor comenzaba mencionando el homenaje anual que se le hacía como fundador de San Pedro Alcántara. Con un punto de admiración y algo de extrañeza se preguntaba cómo en nuestros tiempos se recordaba la figura de un personaje poco conocido del siglo XIX, uniendo en armonía actos civiles y religiosos, además de asociaciones, gobierno y oposición municipal.

Este recuerdo anual del 27 de junio ha trascendido, pues, desde el ámbito local al nacional, para llamar la atención de Antonio M. Moral, profesor de la Universidad de Alcalá de Henares y gran especialista en la figura del marqués del Duero, quien también cita en la bibliografía las obras publicadas por la Hermandad de San Pedro Alcántara, organizadora junto con la Asociación San Pedro Alcántara 1860 de una actividad que ya constituye una fecha marcada en el calendario de los sampedreños amantes de su historia y de su pueblo, y un reconocimiento a quien emprendió la aventura de una empresa que giraba en torno a la caña de azúcar, y es que agricultura e industria que dieron origen al actual San Pedro Alcántara.

En este año de 2018 hemos querido aumentar el conocimiento en torno a la figura del atrevido empresario, e ilustre militar y político con la publicación en facsímil de una obrita publicada por el actor y dramaturgo José Carbia en La Habana en 1874, la *Acción de Estella y muerte del Ilustre marqués del Duero*, de la cual no se han podido localizar ejemplares en bibliotecas públicas de España y cuya única referencia la teníamos a través del prestigioso *Manual del librero Hispano-Americano* de Antonio Palau, algo más que una recopilación de catálogos de libros antiguos, ya que sus valiosos índices por temas y autores son utilizados por los historiadores en la búsqueda de bibliografía, y cuyos últimos datos indicaban que se vendía en el año 1934 por 2 pesos, mientras que en otro catálogo de la Librería Victoria Vindel se cotizaba a 4 pesetas en 1900.

No obstante, Manuel María Feijóo lo encontró en la Biblioteca Nacional *José Martí* de La Habana, por encargo de José Antonio Moreno, quien nos relata la larga aventura en busca del libro. Por otra parte, Domingo César Ayala, quien comparte con Moreno pasión por la literatura y por la historia de San Pedro Alcántara, acompaña este facsímil con un comentario histórico-literario sobre el mismo. Gracias a los tres por su valiosa colaboración para conocer esta obra de teatro dedicada al marqués del Duero.

Miguel Ángel Mata Toro
Hermano mayor de la Hermandad
de San Pedro de Alcántara

José Luis Casado Bellagarza
Presidente de la Asociación
San Pedro Alcántara 1860

AL MODO DE UN PRÓLOGO

La inserción de figuras históricas en la literatura es una práctica que viene ya desde antiguo. Los aedos griegos cantaron las hazañas de sus héroes igual que luego harían los juglares de la lírica medieval en los romances y cantares de gesta. En el siglo XIX, centuria convulsa repleta de guerras, pronunciamientos, golpes de estado, conspiraciones, cambios de gobierno, caída y ascenso de reyes, república, luchas coloniales y certificación de la pérdida de un imperio, en ese siglo, como digo, no faltará quien de una u otra manera glose las vidas y proezas de militares, guerrilleros y figuras públicas de todo orden. Baste citar el ejemplo más señero de Benito Pérez Galdós y sus *Episodios Nacionales.*

Una de esas figuras decimonónicas dignas de encomio fue Manuel Gutiérrez de la Concha, Marqués del Duero y a la sazón fundador de la Colonia de San Pedro Alcántara. Sin ser este el lugar para indagar profundamente en la biografía del personaje, traeremos a colación ciertos datos que nos permitan calibrar su notoriedad pública. Fusionando una carrera militar ejemplar con una función de Estado no menos modélica, como soldado llegó al máximo grado de Capitán General, recibió nueve cruces de San Fernando, siendo el único general (junto con Fernando Primo de

Rivera) en conseguir dos Grandes Cruces Laureadas; participó activamente en las tres guerras carlistas y en 1847 le fue encomendada una misión en Portugal con el objetivo de asegurar en su trono a la reina María II, por cuyo éxito le fue concedido el Marquesado de Duero con Grandeza de España. Además, como teórico de la guerra escribió el clásico manual *Proyecto de táctica de las tres armas*, y fue considerado como el mejor estratega de su tiempo. En su actividad como estadista, formó parte de la Unión Liberal de su compañero de armas Leopoldo O´Donnell, ocupando distintos cargos de responsabilidad, entre ellos la presidencia de Senado en cinco legislaturas consecutivas; sin embargo nunca quiso (entendemos que bien por su prudencia o bien por su inquieta naturaleza curiosa y dinámica) desempeñarse como ministro, por ejemplo de la Guerra, en una época en la que, dada la volatilidad de los gobiernos, casi todos los grandes militares habían desfilado por alguna cartera. Eso sí, fue habitual integrante numerosas conjuras e intrigas palaciegas de todo tipo y condición: conspiró en los golpes Estado de 1841 y 1843 dirigidos a derribar de la regencia a Baldomero Espartero; participó de la declaración de mayoría de edad de Isabel II a los trece años y su consiguiente ascenso al trono; aunque no formó parte de la Vicalvarada, por encontrarse desterrado en Canarias, ni en la Gloriosa, donde siendo Capitán General de Castilla la Nueva no opuso resistencia a los golpistas del 68, sí sabemos que fue el encargado de recibir a Amadeo de Saboya en Cartagena y notificarle el asesinato de Prim, gran valedor del rey electo; y justo después de su sobrevenida muerte en el campo de batalla estaba previsto que, con la ayuda de Cánovas, proclamase rey a Alfonso XII, dando comienzo a la Restauración borbónica.

El Marqués del Duero en la literatura

Con semejante carrera, no es extraño que la literatura, siempre alerta y gustosa de escudriñar su alrededor para convertirse en fedataria de una Historia que a veces no duda en reconstruir a su antojo, se fijase en la figura del general Concha. Y lo hace, como reflejo de la doble actividad militar y política del personaje, por un lado desde un prisma más social, como figura pública, y por otro centrándose en su faceta bélica.

La atención que los cronistas prestan a Gutiérrez de la Concha en su asentada vida de corte, alrededor de la mitad del siglo, nos muestra una relevancia social y un calado entre el pueblo fuera de toda duda. Su nombre aparece entre los integrantes de una alta sociedad acostumbrada a las fiestas, los bailes y los fastos de la grandeza y la dignidad de su estatus, en compañía de lo más florido de la nobleza. Así nos lo presenta Juan Valera, junto a su familia, en una «Nota de sociedad» publicada en la prensa de la época, asistiendo a un baile en casa de don Carlos Calderón y en una representación de teatro en casa de los duques de Medinaceli. En ambos casos la nómina de asistentes copa lo más granado de la aristocracia y la burguesía pudiente de Madrid. El mismo Valera, en sus *Estudios críticos sobre Historia y Política*, glosa la figura del Marqués del Duero poniéndola como ejemplo de español nacido en las colonias americanas perfectamente asentado y respetado en la metrópolis. En ese texto se hace referencia al título nobiliario, sin explicitar su nombre ni ninguna alusión a sus múltiples cargos y logros: tal hecho nos idea una idea de a dimensión del personaje, perfectamente reconocible sin más explicaciones, lo que habla bien a las claras de su prestigio y nombradía.

Sin embargo, para alcanzar esa posición en la cúspide de la pirámide social, Manuel Gutiérrez de la Concha ha tenido que discurrir por múltiples sinsabores y enfrentarse (en sentido literal) a la adversidad en forma de guerras, asonadas, exilio... Han sido años tumultuosos desde su vida como bisoño oficial en la Primera Guerra Carlista, contienda repleta de violentas hazañas épicas y fulgurantes ascensos que lo llevarían a ser Mariscal de campo con treinta y dos años. El relato de esas guerras, si bien desde el terreno de la ficción novelística, ocupa buena parte de algunos de los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós. Por sus páginas asoma con cierta frecuencia el joven Concha de *Vergara*, que nos muestra un coronel de gallarda figura y vivísimo carácter con el «anhelo de saber mucho y practicar lo que aprendía», o el ya intrigante mezclado en conspiraciones de *Montes de Oca*.

Será en los dos siguientes *Episodios*, *Los Ayacuchos* y *Bodas reales,* los dos últimos de la tercera serie, donde mejor se caracterice la figura de Concha. Estos volúmenes se corresponden con lo acontecido entre 1841 y 1843, periodo de regencia de Baldomero Espartero. Perteneciente a la facción progresista del bando liberal, el Duque de la Victoria gobernó continuamente hostigado por las filas moderadas, entre cuyos integrantes se encontraba lo más notable y aventajado del ejército: Narváez, Diego de León, O´Donnell, Serrano, Prim… y por supuesto, Concha. Por dos veces intentaron los moderados sendos golpes de Estado contra el regente, en octubre del 41 y julio del 43, y en ambos tuvo una participación activa Manuel de la Concha. En el primero, fallido y que le costó el exilio, fue el encargado de asaltar el Palacio Real con la intención de secuestrar a la niña reina Isabel II. De «locura» es tachado el acto por

Galdós a través de las palabras de uno de sus personajes, la condesa de Mina: «Tales locos eran los generales… ¿Quiénes? Precisamente los más nombrados, los héroes de la última guerra, los Conchas, León, Pezuela…».

El golpe del 43, narrado en *Bodas reales*, sí fue exitoso para los intereses del futuro Marqués del Duero, quien fue el encargado de perseguir y poner en fuga al caído regente, en cuya huida Galdós narra cómo sus propios soldados lo iban abandonando: «Cuerpos enteros, volviendo descaradamente la espalda al viejo ídolo corrían a campo-traviesa en busca del ídolo nuevo, que en aquel caso era D. Manuel de la Concha». Es necesario señalar, para ampliar el espectro de autores que se ocupan de él, que este mismo episodio es recogido también, desde una perspectiva muy similar, por el escritor costumbrista Ramón Mesonero Romanos en su obra *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid.*

En otros libros de la cuarta serie, como *Narváez* o *Los duendes de la camarilla*, su presencia es meramente testimonial, dando mínima cuenta de su presencia como uno de los generales encargados de reprimir las revueltas de los matiners en el contexto de la Segunda Guerra Carlista, o en *Prim*, donde se describe brevemente cómo Concha persiguió al catalán tras su pronunciamiento fallido de 1866.

Pero sin lugar a dudas es en el contexto de la Tercera Guerra Carlista, y con el acontecimiento luctuoso de la muerte en el campo de batalla del Marqués del Duero, donde Galdós se recrea con mayor detenimiento, dedicándole unas elogiosas palabras primero a la hazaña del sitio de Bilbao, que califica de «brava acción» y «audaz movimiento», y sobre todo a la descripción del heroico deceso del general Concha. En toda la novela *De Cartago*

a Sagunto hay numerosas referencias al general, ya que el narrador-protagonista pasa gran parte de la novela entre sus tropas. La batalla de Monte Muro, donde encuentra la muerte «el primer soldado español de aquellos maldecidos tiempos», es narrada con lujo de detalles, con un derroche de poeticidad y un llamativo detallismo a lo largo de dos impactantes páginas.

Precisamente con la muerte del general Concha tiene que ver la obra que aquí rescatamos: *Acción de Estella y Muerte del Ilustre Marqués del Duero. Drama en un acto*, de José Carbia, publicada en La Habana en 1874.

El teatro cubano tardocolonial

El contexto en el que se escribe (y se inscribe) *Accion de Estella* requiere, por su naturaleza particular, de ciertas explicaciones que aclaren algunas zonas de penumbra en su derredor.

En 1868 comienza en Cuba la llamada Guerra de los Diez Años, primero de los tres grandes conflictos por la independencia de la isla con respecto a España. Durante ese tiempo, una de las medidas de represión contra los insurrectos y la propagación de sus ideas anticolonialistas consiste en el cierre de los teatros y la prohibición de la exhibición de obras en toda la isla, a excepción de la capital, La Habana. A ello hay que unir una fuerte censura que estrangulaba la creación y provoca la producción de un teatro claramente evasivo y de recreo.

Uno de los géneros de mayor éxito es el teatro *bufo*, una suerte de revista que mezcla elementos musicales y argumentos de comedia fácil y picarona, enredos sexuales y

chistes de trazo grueso. Un teatro que, por supuesto, eludía el compromiso con la realidad social pero que gozó durante un tiempo del favor del público. No obstante, acabó por ser un género menor, sobre todo por eludir el conflicto de la independencia.

Las ideas revolucionarias se expresaban en el teatro por dos cauces principales: el primero de ellos tenía que ver con representaciones clandestinas itinerantes que tenían lugar en los campamentos guerrilleros, sobre todo en la parte oriental de la isla, conocidas como teatro *de la manigua*. La segunda, mucho más importante en cuanto número y repercusión, es lo que se conoce como teatro *mambí*, escrito y representado por los autores en el exilio de México, Estados Unidos o Colombia Debido a su coincidencia formal y temática, con frecuencia este último marbete recoge las dos manifestaciones.

Iniciado en 1869 con la obra *Abdalá*, de José Marti, el *teatro mambí* está teñido de un exacerbado patriotismo. Su defensa cerrada de los valores independentistas supedita completamente la trama, que se circunscribe a relatar las luchas por la liberación del pueblo cubano. Su carácter precario e instrumental, de circunstancias provoca que hayan sido pocas las obras de este tipo que se hayan conservado escritas.

En oposición a este teatro libertador, existió una corriente del conocido como teatro del melodrama mayormente vinculada a los intereses colonialistas. Escrita por dramaturgos afines a la metrópoli, con frecuencia se trataban temas de la historia de España, asuntos costumbristas o laudatorios de personajes ilustres españoles. Un claro ejemplo sería la obra que el lector tiene entre sus manos.

Acción de Estella y Muerte del Ilustre Marqués del Duero. Drama en un acto

En abril de 1874, apenas un par de meses antes de que una bala atraviese el pecho de su hermano, en la batalla de Monte Muru, José Gutiérrez de la Concha asume la que será su tercera etapa al frente de la Capitanía General de Cuba. Este hecho se antoja un condicionante externo primordial para la composición de *Acción de Estella*.

Si la labor crítica y filológica es a veces dura e infructuosa, quizá cabría insertar esta obra en el grupo de las «difíciles». De ella apenas sabemos que fue escrita por un José Carbia (que en muchos catálogos de libreros, como Palau o Victoria Vindel, aparece como Carbea) del cual no se tiene mayor noticia. Además, la obra es prácticamente inencontrable, ya que solo se ha podido localizar un ejemplar en la Biblioteca Nacional de Cuba. De las vicisitudes de su hallazgo se ocupa sobradamente José Antonio Moreno en su escrito.

La recepción crítica también sume al investigador en el marasmo. Ciertamente, las condiciones sociopolíticas de la isla caribeña no son las más propicias para realizar cualquier tipo de investigación sobre el terreno. Aun así, sorprende en cierto modo la escasa cobertura académica y editorial que los estudios sobre el teatro cubano han representado en el corpus hispanoamericano. Y de entre ellos, solo hemos podido encontrar una referencia a esta obra, en el libro *La selva oscura. De los bufos a la neocolonia*, de Rine Leal. El autor incluye el drama de Carbia en la tradición de obras de inspiración colonialista: «La crisis política que provoca la caída de Isabel II con la república y la restauración en 1874, servirá de tema a parte de este repertorio:

La política (1873), de Francisco Pareja y Artacho, *Acción de Estella y muerte del ilustre Marqués del Duero* (1874) de José Carbia…».

No ayuda, por otro lado, que el producto sea, desde el punto de vista de su calidad literaria, perfectamente olvidable. Es una obra de circunstancias en la que, con más deseo que buena fortuna, se describen las horas previas a la batalla en que el general Concha pierde la vida. El panegírico resulta artificial de puro excesivo, y las apelaciones al bravío espíritu nacional desde don Pelayo en adelante en ocasiones mueven al sonrojo. Su estilo aúna la retórica hueca del panfleto con la enardecida motivación de la arenga político-militar. No obstante, puesto que ése era su cometido, cumple a la perfección con lo esperado.

Por tanto, para nosotros es de gran interés recuperar esta pequeña obra dramática que demuestra una vez más la importantísima relevancia que don Manuel Gutiérrez de la Concha adquirió entre sus contemporáneos, y esperamos que contribuya a poner en valor a un personaje no siempre bien tratado por la memoria popular y sirva, como todas las iniciativas que de este tipo se vienen llevando a cabo, para honrar la memoria del Marqués del Duero.

Domingo César Ayala

LA AZAROSA Y PERSEVERANTE BÚSQUEDA

Se pierde en los meandros de mi memoria la primera vez que José Luis Casado me habló del libro de Carbia. No obstante, sí recuerdo bien el contenido de esa conversación en la cual me comentó que había encontrado en un prestigioso catálogo de anticuario, el *Manual del librero Hispano-Americano*, de Antonio Palau, un título que mereció su atención: *Acción de Estella y muerte del Ilustre marqués del Duero*. Dentro de las escasas referencias que daba el referido catálogo figuraba que el libro había sido editado en Cuba. Nuestro historiador local no había podido encontrar más información del autor y la obra dramática en cuestión ni en internet ni consultando bibliografía al uso. Así que recurría a mí para buscar lo escrito por Carbia como quien recurre a la intercesión divina de un santo milagrero, porque si bien es cierto que en alguna ocasión lo ayudé en otros trances semejantes, siempre estuvieron más relacionados con mi dominio del francés. Se me antojaba, pues, que el negocio que me proponía nuestro cronista local oficioso no iba a ser nada fácil, él es un avezado y paciente investigador, la pieza a cazar debía de ser escurridiza y estaría bien escondida si no había podido dar cuenta de ella. Obviamente, acepté el reto de inmediato, por una parte podría contribuir a dar a conocer la figura del fundador de la colonia de San Pedro

Alcántara, y además correspondía a la generosidad intelectual que José Luis Casado siempre tuvo conmigo a la hora de dedicarme su valioso tiempo para aconsejarme en mis experimentos literarios.

Tal y como preveía la búsqueda en internet fue completamente infructuosa. Por simple descarte tocaba el método directo, si el libro estaba en algún lado lo más probable es que fuese en Cuba. Así que me las ingenié para enterarme de sampedreños, más o menos conocidos, que fuesen a la perla del Caribe a pasar unas vacaciones. Fueron dos o tres quienes me aseguraron que preguntarían por la *Acción de Estella y muerte del Ilustre marqués del Duero* en la Biblioteca Nacional de Cuba, tal y como yo les indicaba. Resulta asombroso la ingenuidad que aún conservo en mis paisanos, ya que ninguno de los que se prestaron a ayudarme pasó ni de lejos por la puerta de la Biblioteca Nacional, se ve que una extraña petición de ayuda aludiendo a una cierta solidaridad local no podía competir con los variados y múltiples alicientes habaneros tan alejados del requerido ámbito cultural.

Corría el año 2009 cuando se me presentó la ocasión de compartir la simpar tarea de encontrar la obra de Carbia con una persona de mi entera confianza. Vecino de la urbanización donde yo trabajaba, Manuel María Feijoo solía viajar a Cuba al menos una vez al año por diferentes motivos. Fue plantearle mi zozobra por no poder encontrar el libro y fue inmediata su disposición a ayudarme. Le pareció una excelente y loable iniciativa que además le serviría para hacer más llevadero los pocos días que siempre había de pasar en la Habana a la ida o a la vuelta de sus viajes de avión, pues su destino final en la isla era siempre otro. Sería justo en este punto de la narración detenerme para

describir brevemente a M. M. Feijoo, sobra decir que mi retrato sería una colección de lisonjas y halagos merecidos, pero sé de sobra que estamos ante un hombre modesto y humilde que no los aceptaría de buen grado; de hecho, más allá del favor que ha prestado a la causa cultural sampedreña, simplemente significaría —lo que no es poco en estos días— que es hombre cabal, de palabra, y él empeñaba la suya para conseguir nuestro codiciado objeto de deseo. Nuestra búsqueda estaba en buenas manos.

Un día de agosto del 2009 M. M. Feijoo llega a La Habana y tiene varios días libres antes de embarcar para España. Incomprensiblemente no le dije que preguntase directamente en la Biblioteca Nacional, así que empieza tal vez por lo más obvio: preguntar en las pocas librerías de la ciudad. También hace lo propio con los libreros de lance que colocan sus escuálidos puestos frente a la antigua Capitanía General. De allí lo mandan a no sé qué extraño registro, y de ahí al Registro de la Propiedad (?), alguien de ese centro lo envía con buen criterio al Instituto de Historia de Cuba. Manuel María encamina sus pasos hasta la sede de dicha institución, donde es recibido por varias investigadoras de la sección de relaciones internacionales. Me cuenta nuestro altruista buscador que las historiadoras cubanas recibieron el pedido con cierta sorpresa, pero que enseguida se desvivieron por orientarlo con esa característica amabilidad caribeña que parece de otra época. Tras unas llamadas telefónicas localizaron el libro en la Biblioteca Nacional y concertaron para la mañana siguiente una cita con una jefa de departamento que se lo mostraría. Ese caluroso día de agosto parecía que daba sus frutos, nos acercábamos a nuestro objetivo, o eso creímos, con más facilidad de la prevista.

El jueves 27 de agosto del 2009 a las diez de la mañana

(todos estos datos me han sido facilitados por la prodigiosa memoria de M. M. Feijoo), nuestro hombre en La Habana acude puntualmente a la cita. La jefa de sección indica al encargado del registro que el visitante, quien ya había mostrado su pasaporte, va a subir con ella a la planta para una consulta, puntualiza que solo será un momento y bajo su responsabilidad. Recorren unos pasillos hasta llegar a una sala donde una subordinada trae el libro 862 miscelánea, vol. 15, n.º 2, notas de registro que se pueden ver anotadas a mano en el ejemplar en facsímil que se reproduce aquí. La empleada de la biblioteca busca el texto entre los varios que componen la miscelánea y, efectivamente, allí está el pequeño «drama en un acto y dos cuadros y en prosa escrito por el primer actor José Carbia», con una notación manuscrita en su portada, donde se da cuenta de que la obrita fue una donación de D. Juan García Fernández de Castro el 12 de agosto de 1884 junto con un sello de la Biblioteca de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, lo que nos indica los propietarios anteriores a la biblioteca estatal. Cuenta Manuel María que en ningún momento lo tocó, en parte embargado por la emoción de encontrar el tesoro, pero sobre todo porque no quería bajo ningún concepto que las bibliotecarias tuvieran el más mínimo problema, en un ejemplo de responsabilidad preventiva propio de una persona que conoce y ama tan bien Cuba. La jefa de sección le indica que se lo pueden fotocopiar, aunque tendría que ser al día siguiente porque la encargada de repografía no se encontraba en su puesto por motivos de salud.

M. M. Feijoo acude el viernes a finiquitar la tarea, pero empieza la sucesión de contingencias que jalonan el empedrado camino recorrido hasta obtener el dichoso drama: la fotocopiadora no se puede usar, la responsable está de

baja por embarazo. No ceja Manuel María en su empeño y el sábado vuelve a solicitar la copia. Le comunican que la máquina está estropeada. Le dicen que el lunes tal vez puedan arreglarla, mas ese día continúa sin funcionar por algo relacionado con el tóner.

Antes de coger su vuelo para España, M. M. Feijoo se planta en el Instituto de Historia de Cuba y las historiadoras que le habían gestionado en primera instancia la cita en la Biblioteca Nacional se comprometen a fotocopiar el libro. En su próxima visita, él recogería el encargo.

Desde el 2009 hasta el 2014 la fotocopiadora sigue sin funcionar. Para más inri, entre medio la Biblioteca Nacional cierra sus puertas para unos trabajos de remodelación. Así, a finales del 2014, con cierta desesperación, Feijoo les entrega a sus compañeras de búsqueda un *pendrive* para que escaneen la *Acción de Estella…* Le comentan que a principios del 2015 la Biblioteca Nacional dispondrá, se supone, de un escáner para tales menesteres. Por fin, el uno de febrero del 2015 le entregan escaneado el libro y, además, lo cual no deja de tener su gracia, le dan a M. M. Feijoo el carnet de visitante de la docta institución. Nadie podrá decir que no se lo ganó a pulso, fue un merecido premio a su insistencia.

No quiero, nada más lejos de mi intención, que en mis palabras anteriores alguien interprete que hay una sola recriminación o queja por el tiempo que se tardó en obtener lo buscado. Afortunadamente en Cuba, en el Caribe en general, el concepto del tiempo difiere bastante del que nosotros manejamos. A veces nos puede desconcertar la tranquilidad con que los cubanos encaran ciertos contratiempos que aquí nos sacarían de nuestras casillas. Es un concepto de vida que yo no me atrevo a juzgar con mis ojos

de europeo que todo lo que quiere con la urgencia de quien parece ahogarse si no le resuelven los problemas al instante. La paciencia, dicen, es la madre de todas las virtudes, y yo añadiría que el condimento necesario para la felicidad. Aplaudo que aun haya sitios en este mundo globalizado donde la eficacia no se mida única y exclusivamente por la rapidez de lo ejecutado.

En cuanto a nuestro a libro, nada más tenerlo se lo envié a José Luis Casado y procedí a su lectura. Más allá de la calidad de lo escrito, aquí lo verdaderamente interesante es constatar la importancia que tuvo la muerte en batalla de nuestro fundador; de hecho, la obra que reeditamos refuerza ese argumento ya manejado por los historiadores. La repercusión de la derrota en Estella llegó a los confines de nuestro decadente imperio, allá donde gobernaba con mano firme José Gutiérrez de la Concha, marqués de La Habana, y hermano del fallecido, quien al final del libro autoriza, con fecha de 20 de octubre de 1874 la impresión del libreto, pero no la representación de la obra.

Por otra parte, se abre una serie de interrogantes sobre quién era el autor, José Carbia, y qué le impulsó a escribir este pequeño drama cargado de patriotismo y exaltación de la figura del marqués del Duero. Me atrevo a esbozar atrevidamente que estaríamos ante alguien del mundillo teatral colonial de la época que quiso agradar al hombre más poderoso del momento en Cuba. Nada nuevo entre los artistas que hasta hace bien poco habían de ganarse el sustento con su talento amén de la adulación a quien o quienes de alguna manera podían ayudarle. La protección del poderoso a los hombres de letras, su patrocinio, forma parte indisoluble de la historia de nuestro teatro. Las referencias bibliográficas del dramaturgo-actor brillan por su

ausencia, como anota Domingo César Ayala en su comentario histórico-literario adjunto.

Termino ya con un agradecimiento a la Hermandad de San Pedro Alcántara y a la Asociación San Pedro Alcántara 1860, por la labor conjunta divulgativa sobre la vida y obra del marqués del Duero que lleva ya realizando unos cuantos años a través de distintos actos culturales dentro de los cuales se enmarca esta publicación. Conviene reivindicar a un personaje clave de nuestro pasado reciente nacional. La altitud de miras que tuvo fundando San Pedro Alcántara ya lo convierte por derecho propio en alguien que se merece este pequeño y humilde homenaje que le brindamos poniendo en las manos de nuestros conciudadanos este curioso librito.

Y, por supuesto, me postro a los pies Manuel María Feijoo por su generosa contribución personal de tiempo y esfuerzo para llevar a buen término esta aventura cultural. Sin su perseverante diligencia todavía estaríamos elucubrando sobre la existencia de una obra teatral desaparecida que habla de la muerte del general. Hemos tenido la suerte de que no desfalleció pese a los infortunios que le deparó esta extraña carrera de obstáculos en que se convirtió la búsqueda descrita, su valía personal se demuestra diciendo que nunca se le pasó por la cabeza dejar a medias lo comenzado. Gracias de corazón a quién ha hecho posible recuperar este testimonio del pasado, para goce y disfrute de quienes amamos ahondar nuestro conocimiento de ese insigne prohombre que fue Don Manuel Gutiérrez de la Concha.

José Antonio Moreno Durán

ACCION DE ESTELLA

Y

MUERTE DEL ILUSTRE

MARQUES DEL DUERO.

DRAMA EN UN ACTO Y DOS CUADROS Y EN PROSA
ESCRITO POR EL PRIMER ACTOR

D. José Carbia.

Dedicado á todos los españoles insulares y peninsulares de la Isla de Cuba.

Obsequio de D. Juan Garcia Fernandez del Castro
Agosto 12/87

HABANA.
Imp. EL TRABAJO, Amistad núm. 100.
1874.

c862
Mis.
v.15
No.2

PERSONAJES.	ACTORES.
General Concha.....	
General Echague.....	
Capellan del General.....	
Mèdico de Estado Mayor.....	
Velasco, Ayudante.....	
Ayudante 1 º	
Ayudante 2 º	
Asistente del Gral.....	
Un Oficial carlista.....	
Aldonza.....	

Oficiales, soldados de Artilleria, Infanteria, y Alaveses y Vizcainos de la faccion.

La escena pasa ante los Muros de Estella.—Primero en la tienda del General Concha, y despues en un reducto de avanzada.

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá reimprimirla, ni representarla en ningun teatro de la Nacion Española y sus posesiones, sin su expreso consentimiento.

CUADRO 1°

TIENDA DE CAMPAÑA DEL GENERAL EN GEFE.—Aparecen, mesa, sillas de campaña, planos, catalejos de campaña, escribania, papel y varios enseres militares.

ESCENA I.

Aparecen DOS AYUDANTES de Estado Mayor.

AYUD. 1° Nada, no tengo esperanza en la victoria; el enemigo ha concentrado todas sus fuerzas en esta accion y son innumerables.

AYUD. 2° Ya lo creo, si sus esperanzas fracasasen y Estella cayese en nuestro poder, ese rastrojo carcomido, pagaria con la vergiienza y el oprobio popular, esa fantástica sed de reinar.

AYUD. 1° Y podeis creer que aunque la victoria coronase en estos dias sus deseos, esa miserable ambicion alcanzaria? Jamás. El pueblo español derramará su última gota de sangre, ántes que consentir que esos que se nombran ministros del Señor, renueven en España, el potro y la hoguera.

AYUD. 2° Eres bastante incrédulo en hacerte esas ilusiones. Los que á su lado se agrupan no defienden tales errores, no; buscan en esta campaña la conveniencia individual: esos gefes que dirigen esas hordas populares, necesitaban buscar recursos para sus ambiciones militares; ambiciones que no les pertenecen y que solamente la sangre de ese pueblo inocente derramada en los campos de batalla, puede darles.

AYUD. 1° Es verdad: no obstante el verdadero leon

español está en nuestro escudo; la mano de un valiente General dirige nuestra senda; el Dios desde su altura nos bendice; el écsito es nuestro.

AYUD. 2° Tienes razon; pero hablemos de nuestro anciano y entendido General. ¿Sabes que desde ayer encuentro en su mirada una melancolia triste y sombria, que causa pena al que le mira? Varias veces he querido hablarle, y el respeto que me ha infundido la espresion de su rostro, me ha detenido.

AYUD. 1° Es muy natural, tal emocion. El es un verdadero General, los años que cuenta, las arrugas de su rostro, dan á comprender que la ambicion y sed de mando, han concluido en su corazon y solo la tranquilidad y felicidad de su patria le han hecho aceptar el mando que hoy ejerze: en eso comprenderás que cuando se aproxima un dia de batalla, las lágrimas que interiormente brotan de su corazon al ver á sus hijos en peligro, le embarga en su noble rostro, esa sonrisa venerable que ostenta con placer en medio de sus bravos soldados en el dia de descanso.

AYUD. 2° Tienes razon; debe sufrir mucho: ese silencio que en él se nota, esa poca confianza para demostrar sus planes de campaña, hasta una hora dada, no deja mas que ver, la incertidumbre en que vaga su imaginacion.

AYUD. 1° Noches pasadas, al entregarle un parte del gefe de la segunda brigada, le oí murmurar delante del plano que sobre la mesa se hallaba, estas palabras: "Otro Bilbao," "otros ar-

royuelos de sangre," y al volverse con esa no. ble severidad de carácter, me dijo lo que habeis oido; son espresiones que pronuncia el labio; pero que guarda el corazon.

AYUD. 2° Bastante te dijo; es verdad, y tu que no eres tonto, le habrás dado el valor que él te inició.

AYUD. 1° Tanto que desde aquel dia, huyeron de mi memoria esas tristes palabras, y ni recuerdo de ellas he tenido hasta en este momento.

AYUD. 2° En fin, poco debe tardar de la visita que emprendió tan de madrugada para cerciorarse por sí mismo de las fortificaciones del enemigo y del estado de nuestro ejército.

AYUD. 1° El de nuestro ejército es sumamente placentero, jóvenes todos, ardientes por la victoria solo anhelan el momento de la accion.

AYUD. 2° Si el triunfo fuese nuestro y Estella fuese el hospital de descanso de sus conquistadores, la noble patria, por quien nos sacrificamos no borraria en su historia este dia tan señalado.

AYUD. 1° Dices bien Adolfo, la patria nunca olvida lo que á sus hijos le debe, y si muda, nunca dice lo que siente; con la inmortalidad lo recompensa, y nuestros sucesores al señalarle la patria el dia de nuestra heroica accion, con sus cantos de alabanza que suben hasta la celeste esfera, purifican ante el Hacedor tan heróico sacrificio.

AYUD. 2° Mas mudando de conversacion, nuestro compañero Velasco no ha vuelto aun, y desearia saber el resultado de ese infeliz que hoy las leyes militares le condenan.

AYUD. 1° Compasion me causa; jóven sumiso á sus gefes, bien merecia gracia.

AYUD. 2° Así lo creo; pero es una desercion adonde por su falta, podia haber sido sorprendida la avanzada. Es terrible, y solo puedo creer que Dios en su mano la tiene si el Consejo falla. El General de por si puede perdonar; pero lo creo imposible que tal haga.

AYUD. 1° El infeliz! por ver á su anciana madre; por recibir su bendicion ántes de entrar en accion, le matarán, ¡pobre chico!

AYUD. 2° Siento ruido de caballos. ¿Será el General? (*Se dirije á la puerta*) No, es Velasco. Ahora sabremos las novedades.

ESCENA II.

Los mismos y VELASCO con pliegos.

AYUD. 1° Acabarás de llegar. Muchas cosas tendrás que contarnos.

VEL. No tantas como yo deseara, pues toda la mañana he estado en el Consejo. Pero chico, cosa grande. El teniente Martinez se ha portado como un héroe! ¡Qué defensa! Tres veces hizo enmudecer al fiscal y al Consejo. Sentencia que debe sentarse en letras de oro; ¡qué tal habrá sido cuando el Consejo despues de fallar lo que la Ley Militar ordena en el caso presente, suplica al General en gefe, tome en cuenta lo que el defensor Martinez pide! Chicos, es admirable! Si el General lo lee, el reo se salva.

AYUD. 1° Nosotros lo deseamos, y seria un dia de júbilo, el ver á ese infeliz en libertad, evitan-

do de ese modo el sentimiento que esa noticia puede ocasionar á su anciana madre.

VEL. ¿Qué puede ocasionar? Al contrario, que ha ocasionado. La tenemos en el campamento, y no hay quien la haga entrar en razon; quiere ver al General y solamente el haberle prometido el Coronel Fernandez conducirla á su presencia, le ha hecho tranquilizarse: es una fiera, ya la vereis.

AYUD. 1° Si al General le convencen las espresiones del Teniente; si la defensa tiene algun rastro de verdad y no imaginario en favor del reo, no dudo alguna benevolencia hácia él, sino Velasco las esperanzas son ilusorias.

AYUD. 2° ¿Y del porvenir que nos cuentas?

VEL. Que veo la cosa muy oscura. Las posiciones del enemigo, son terribles de tomar; todo el grueso de su ejército entrará en la resistencia, y puedo decirte, que si ganamos la accion y Estella fuese nuestra, el general Concha, seria el primer hombre del Siglo.

AYUD. 1° Pues yo lo único que puedo decirte, es, que si una gran desgracia no atravesase nuestro camino; nosotros entramos en Estella y el pretendiente concluye con su fantástica corona en este dia.

AYUD. 2° Por lo ménos, si en este dia no, no se hará mucho esperar; y gánese Estella ó piérdase, el trono de San Fernando está hundido para su reinado.

AYUD. 1° Has dicho bien, muy bien. Los españoles son héroes y no pueden permitir, que los renegados de su patria esclavizen á sus herma-

nos; y si el pueblo liberal, por su desgracia, sucumbe! sobre esas ruinas, volverán á nacer los vástagos del Gran Pelayo.

AYUD. 2 ° Es verdad. El héroe de Covadonga, derramó sobre estas fértiles llanuras, el precioso grano de la libertad. Siempre retoña por mas que tratan de cortar sus espigas, y nacen tambien hombres libres para defenderla.

VEL. Es cierto, amigos y compañeros. España es la cuna de la Libertad, de esa libertad que encierra en sus páginas el deber, la obediencia y la igualdad; eso defendemos y por eso siempre vencemos y venceremos. Y sepa el mundo entero, que los buenos españoles serán alguna vez vencidos, pero jamás conquistados.

AYUD. 1 ° Bien Velasco. Eso merece un abrazo, un tabaco y sobre todo una copa de ese néctar que alegra los corazones.

VEL. Pues venga y á beber.

(Los tres se abrazan. El 1° toma una cantimplora que estará colgada y en vasos de campaña echan el licor y beben.)

AYUD. 2 ° Velasco; si el nuevo sol de mañana alumbrase la victoria en Estella, repetiremos este abrazo Nacional.

VEL. Y al redor de nuestro Gefe que á esa victoria nos lleva, clamaremos cual se deba un viva al General.

AYUD. 1 ° Para él siempre lo tenemos. El es nuestro padre, como tal le miramos y como tal le obedecemos.

VEL. Dices bien; ahora preparémonos para su llegada, pues su tardanza será corta; el espacio que ha tenido que recorrer no es muy estenso y no se hará mucho esperar.

AYUD. 2 ° Tienes razon: el corto intérvalo que le resta acaso le será escaso para ordenar todo lo necesario y serán urgentes todos sus mandatos.

VEL. Mi caballo es tan perpicaz que cuando me vé, relincha; dándome á entender "estoy dispuesto, ¿adonde vamos?

AYUD. 1 ° Pues el mio, no consiente en campaña que le despojen de sus arreos, hasta que llega á poblado.

AYUD. 2 ° Hasta nuestros pobres caballos parece que tienen tanto orgullo en la victoria, como sentimiento en un toque de retirada.

VEL. Apropósito de toque, ¿habeis oido? esos toques anuncian que tenemos á nuestro General á la vista.

AYUD. 1 ° Pues á recibirle, como ordena nuestro deber y merece su distinguida autoridad.

VEL. (*Mirando por el foro*) Allí viene; le acompaña Echagiie y el brillante Estado de la oficialidad española, que no encuentra rival.

AYUD. 1 ° (*Mirando*) Pero mirad aquella figura; no demuestra en su aire marcial, en aquella entereza de semblante y en su arrogante andar, ser el héroe de cien batallas.

VEL. No ves que le rejuvenece el toque de guerrillas y la vista de sus soldados en un dia de batalla. Ese dia para él, es el dia de la gloria.

AYUD. 1 ° Silencio! aquí le tenemos.

ESCENA III.

Los mismos y CONCHA, ECHAGUE y Oficiales de varias graduaciones, apareciendo por último en el foro el Coronel FERNANDEZ, acompañando á la vieja ALDONZA. Al entrar el General cerrarán los toques

de la banda, que no habrán cesado, pero en punto bajo para que no puedan incomodar la escena anterior. CONCHA y ECHAGUE se adelantan al primer término y los demas quedan en segundo.

CON. Decis bien, señores; algo suspenso me han dejado esas terribles posiciones que tenemos que vencer. Esa artilleria colocada en los estremos de las aspilleras, interrumpen en caso dado el asalto de las trincheras, y nuestros valientes soldados se verán mermados por el fuego del cañon; y si alguna estrategia del enemigo los envuelve, es muy fácil que fracasemos.

ECH. Decis bien, General: nuestro enemigo conoce demasiado su porvenir, en el bueno ó mal écsito de esta accion; y sus intenciones no pueden ser conocidas: presumo que entre ellos se encuentran oficiales instruidos, buenos alaveses y vizcainos y la resistencia será tenaz

CON. Todo cuanto me digais, no lo ignoro. Treinta años de batalla; treinta años ennegrecido mi rostro por el humo de la pólvora, me ha dado á conocer, lo que es un dia de accion: no es la fuerza: no es la resistencia: no es la estrategia la que vence; es el derecho de la razon; ese derecho que Dios nos dice: debeis recojerlo: no le entregueis, mé teneis á vuestro lado; marchad por él. Este pensamiento impregnado en mi corazon es el que me ha hecho triunfar en cien combates y espero en este salir victorioso, ó morir entre mis valientes soldados.

ECH. De suerte General, que á la hora es un deber ordenar el movimiento de nuestras tropas so

bre el enemigo.

CON. Justamente Echagiie! hermano mio! Si, sois mi hermano, como tal os veo en este momento. Solamente á un hermano podria entregarle la vida de mis hijos. De esos nobles pechos españoles que desprecian el mortífero plomo y mueren en medio de esas verdes praderas, por el amor á su patria, por el porvenir de sus hermanos. Echagiie, que vuestra inteligencia, que vuestro corazon de Español, haga triunfar en la victoria, suprimiendo con esa misma inteligencia la sangre que podais: asi lo espero del amigo: así lo espero del hermano: así lo ordena el General.

ECH. Señor, doloroso es hasta el estremo la comision que me dais; como hombre la rechazaria, como militar tengo que aceptarla; y si con mi sangre pudiera detener la de mis soldados, y darle á España la tranquilidad perdida, Echagiie solo, al frente del ejército, espada en mano, volaria hácia el enemigo, y al caer esclamaria: ¡Salvé á mis hermanos! ¡Liberté á mi patria!

CON. Lo creo; pero un consejo prudente tengo que dirijiros: el General, es lo mismo que el rocío que el árbol necesita para dar su fruto; sin él, el soldado nada hace. Sin él todo se pierde y un arrojo desmesurado nos perderia á todos; por lo mismo os encargo al romper la accion, que os acordeis que sois la estrella que desde una inmensa altura, dirije con su mirada el rumbo de la nave, y que al abandonar vuestro puesto puede estrellarse. Calma Echagiie, y no acordaos en ese momento que teneis espada, y si

que vuestro corazon se halla prisionero en la grada del deber: tal es la empresa que os confio; ántes de ser hombre, acordaos que sois General.

ECH. Señor, tan grande sois en el Combate, como fuerte en la expresion. Echagiie, comprende cuanto decis. Como caballero y como Militar, sabrá cumplir con su demanda.

CON. Pues bien, pocos momentos faltan para la lucha; dar las órdenes necesarias, y por nada se detenga en la hora marcada. Echagiie, mi ansiedad no tiene límites, que vuestros ayudantes me comuniquen con velocidad vuestras órdenes y vos no me oculteis nada. Quiero triunfar, y que mañana Estella sea para nosotros otro nuevo Bilbao.

ECH. Confiad señor, que todo el plan de campaña que habeis ordenado, y que tan acertado creo, será puntualmente obedecido.

(*Todos se retiran, quedando solo un Ayudante en la puerta de la tienda que saldrá á su tiempo.*)

ESCENA IV.

CONCHA solo. Pausa. Sentándose.

Terrible es el deber de ordenar contra la vida de nuestros hermanos; terrible es ver las lágrimas de una de una infeliz madre, de un anciano padre al perder su hijo querido, fruto de su corazon: la patria dicen lo reclama: sobre ella caen las maldiciones de la madre, del hermans, de la esposa! ¡Infeliz patria! que inocente á tantos sacrificios, tu sola al parecer del mundo eres la culpable, y para mi no eres inocente: apartado de la perfidia de los hombres

despues de cien combates, donde los campos humeaban con la sangre de tantas victorias, horrorizado me situé en oscuro alberque, para morir olvidado de todos sin ambicion y sin prosperidad. En mi ancianidad vivia feliz y la ambicion de los hombres me ha sacado de ese retraimiento, para volver á este campo de honores! Señor! cual es mi destino! mi conciencia se halla limpia de todo crímen, porque me habeis hecho abandonar esa tranquilidad! para verme padecer ó para salvar á mis hermanos.? Misterios incomprensibles son de tu ilimitado poder. Si quereis mi vida, á tus puertas me hallo: ábremela y acójeme con ese manto de misericordia que todo pecador anhela; y si me dejas en este mundo, hazme ver la felicidad de mi pátria; hazme ver la unidad de sus hijos, para que en los siglos venideros sobre mi pobre é ignorada tumba, depositen un óbolo de gratitud y una lágrima de amor al infeliz soldado, que espuso tantas veces su vida en bien de su pátria.

(*Se empieza á oir pero muy lejano de tiempo en tiempo el estampido del cañon sin que incomode la représentacion.*)

Es la hora señalada? (*Mirando su reloj*) Sí, ella es. Puntual ha cumplido su deber. Dios que desde tu altura nos ves, salva á tus hijos, salva á la patria.

ESCENA V.

Dicho y VELASCO.

VEL. Mi General, el Consejo espera de V. E. la resolucion sobre el reo.

CON. ¿Sobre el reo?

VEL. Sí, Excmo. Sr., el desertor de la guardia de avanzada.

CON. Otra víctima. Cúmplase el fallo del tribunal, si fuese justo.

VEL. El tribunal remite á V. E. el sumario y la defensa para su deliberacion. La Ley Militar ordena la ejecucion; pero mociones sentadas por su defensor ha hecho al Consejo esperar de V. E. sus órdenes.

CON. Ocupaciones sagradas me impiden detenerme en examinar el sumario: aplácese este para despues de la batalla; entretanto permanezca el reo en su misma posicion.

(*Aldonza que al entrar oye las últimas palabras, se deshace del Coronel Fernandez que la conduce y echándose á los piés del General dice con voz enérgica, arrancada por el dolor, la siguiente relacion.*)

ESCENA VI.

CONCHA, VELASCO, el Coronel FERNANDEZ y ALDONZA.

ALD. Jamás!

CON. ¿Quién sois?

ALD. Quién soy? Esa preguta me espanta. ¿No conoceis en mis facciones, en mi delirio, que soy madre?

CON. Madre! ¿Y qué pedís?

ALD. ¿Qué pido? La vida de mi hijo, de esa inocente víctima que quereis sacrificar; pero no, es imposible que el General Concha, el anciano venerable, el militar honrado, no recuerde en este momento que tiene una madre á sus piés. Una madre, señor, es imposible que no traiga á su imaginacion el recuerdo de la suya. Las palabras que ántes de morir le dirijió, ¿quereis

que os la repita? Pues bien, os dijo.....

CON. Callad, señora, callad.

ALD. Ah! no quereis oirme, haceis bien; son muy tristes los recuerdos de una madre.

CON. Es verdad señora, son muy tristes, y en una vida tan azarosa, en un camino sembrado siempre de espinas, es mas doloroso siempre ese recuerdo. ¿Y habeis creido señora que el General que teneis delante al cojer la pluma para firmar una sentencia de muerte, su corazon haya firmado? ¡Jamás! El deber, la triste situacion del estado, ha dirijido su brazo y lacerado su corazon.

ALD. Pues bien, ese estado no os puede obligar á asesinar á un inocente. ¿Cuál es su delito decid?

CON. El haber faltado á las ordenanzas militares, el haber abandonado su puesto en dia de accion.

ALD. No es cierto señor. El no ha faltado á esas ordenanzas; un pobre chico, que vé pasar por su pueblo vuestros soldados, que les pregunta quienes son, á que pertenecen, y le responden al pueblo, á los liberales, y se arma de un fusíl, y los sigue, y del campamento para entrar en accion, viene á recibir la bendicion de su madre. ¿Decid señor falta á esas ordenanzas? ¿Quien se las ha enseñado? ¿Quien le ha dicho este es tu deber? Nadie. Pues entónces, ¿como quereis que los cumpla? Vos que debiais abrazarlo en ver que abandona una madre por seguiros, por ponerse á vuestro lado, y decir al enemigo no le toqueis, es mi Gral., es mi padre. ¡Quereis privarle de la vida! No, es imposible. Dejadlo ir á la accion, y si muere en ella,

esta madre que os suplica, la vereis risueña y tranquila recojerlo en sus brazos, y alborozada, gritar al pueblo y decirle ¡Aquí lo teneis, es mi hijo, este es un mártir de la pátria!

CON. Ah señora vuestras palabras enardecen de entusiasmo al anciano que teneis delante: en este momento se despoja de todas sus dignidades y se presenta ante vos como un hombre popular. Si, popular porque ahora necesita él pediros un favor.

ALD. Un favor señor!

CON. Si desgraciada madre. Habeis nombrado mi precioso talisman. Esa patria que tantos sinsabores y tantas espinas ha clavado sobre este infeliz corazon; por ella un héroe que me dió el ser sucumbió por serle leal y vos entregais á ella un pedazo de vuestro corazon. ¿Me pedís su vida? pues bien, ya la teneis; ahora este anciano os pide este favor.

ALD. ¿Y cual es señor?

CON. Que una verdadera española; que una madre que da á su patria lo mas grande, lo mas santo que su corazon encierra, no debe estar de hinojos postrada ante los piés de un español que la aguarda con lágrimas en los ojos. El corazon entusiasmado y los brazos abiertos.

Aldonza se levanta dando un grito de alegria y echándose á los piés del General dice.)

Ah! General!.....

Ah! señora! (*Abrazándola y dirigiendo una mirada al público, dice:*) ESTA ES ESPAÑA!

ALD. Cuán grande sois señor!

CON. Dios solo es grande. Nosotros humildes pecadores.

ALD. La órden de libertad.

CON. Decís bien, tomad.

(*Concha va á firmar y Aldonza le detiene.*)

ALD. Esperad señor, la gracia debe ser completa. Ya no me imponeis recelo para hablaros, y debo decíroslo todo; todo cuanto deseo.

CON. ¿Qué mas quereis?

ALD. Señor, un salvo-conducto para poder andar con libertad en medio de la accion, seguir á mi hijo y servir de madre á los infelices que desgraciadamente sucumban al mortífero plomo.

CON. Pero vos no comprendeis el riesgo á que os esponeis?

ALD. No habeis dicho hace poco, señor, esta es España! Pues soy española.

CON. Basta. (*Escribe*). Tomad, y ahora solo os exijo que concluida la accion vengais ante mi presencia con vuestro hijo, si Dios le ayuda, para destinarle el premio á su valor, y á vos darle el abrazo de despedida y el último adios.

ESCENA VII.

Los mismos y un Ayudante de órdenes precipitadamente por el foro.

AYUD. Mi General.

CON. ¿Qué ocurre?

AYUD. Señor, la accion se halla perdida; los batallones alaveses y vizcainos fuera de sus trincheras y protegidos por el fuego de sus baterías avanzan hácia los nuestros causando innumerables bajas. Sostenemos nuestras posiciones ganadas; pero sin refuerzos, nuestros valientes soldados tendrán que cederlas.

CON. Jamás! Mi caballo. Mi presencia animarà á mis valientes soldados, y el terreno conquistado será nuestro. No hay que ceder ni un ápice de él. ¿Y Echague?

AYUD. 1° No descansa ni un momento, mas su presencia es urgente; por la embocadura del rio y el llano de izquierda, el centro se mantiene firme, pero la derecha flaquea.

AYUD. 2° El caballo mi general.

CON. Adios señora y rogad á él, que en lance tan desgraciado nos dé la victoria.

ALD, Si valiente anciano, si la obtendrás.

(*Vanse Concha y los Ayudantes.*)

ESCENA VIII.

ALDONZA sola.

(*Incándose*) Dios, tu que eres grande, tu que con tu inmenso poder todo lo puede, tu que fuistes enclavado en la santa Cruz por la libertad de tus hermanos, tiende tu poderosa mirada sobre ellos en este dia, y sálvalos, Señor de trance tan cruel; ellos pelean por esa misma doctrina, confian en tu misericordiosa bondad, y en tu gran poder, préstaselo Señor, y el triunfo es seguro, volviéndole de ese modo la libertad y tranquilidad á esta España tan desgraciada, á este privilegiado suelo, envidiado del mundo entero. (*Un cañonazo fte.*) Cielos! La batalla sigue y me olvidaba que faltaba un español en ella, un hijo. Madre, vuela, condúcelo al combate; dos premios grandes le aguardan: ó el ciprés ó el laurel de la victoria. Volemos.

(*Se va precipitada por el foro.*)

CUADRO 2°

MUTACION á una llanura rodeada de colinas, viéndose en lontananza sobre ellas trincheras enemigas, en el llano y sobre la derecha del espectador habrá dos piezas de artillería que figuran defender el llano, con todos sus utensilio en dia de accion, con su respectiva dotacion de Campaña, y Gefes correspondientes, todas las colinas serán transitables, y en la del primer término, se verán avanzadas liberales. En el centro del teatro se hallará el Gral. Concha sobre una peña, mirando de vez en cuando con el catalejo, hácia la parte de la accion que se figura hácia la izquierda del Espectador; le acompañan varios oficiales de Gaaduacion y su estado Mayor. En la derecha habrá varios caballos y el del Gral.: hacia el foro estarán el Capellan del Gral. y el Médico. El estampido del cañon y del fusíl, aunque lejano para no incomodar la representacion no cesará hasta la caida del Gral. y salida de los Carlistas.

ESCENA IX.

CONCHA, dos Brigadieres, dos Coroneles, AYUDANTE 1º IDEM. 2º VELASCO, el MEDICO, el CAPELLAN, varios oficiales, asistentes artilleros y tropa.

CON. Grande es el esfuerzo que mis valientes cazadores se toman por mantener firme su posicion.

VEL. Si, mi general, pero el cañon del monte redondo los merma sin cesar.

CON. Bien dirije el Teniente la parte de su gente!

VEL. Pero está muy expuesto.

CON. Ahora se reune con la de granaderos, intentan dar el asalto, á la trinchera alta es la llave de la entrada á la altura del Cerro.

VEL. Ganada esa posicion y desplegada la columna, las alturas son nuestras.

CON. Y mañana Estella está en nuestro poder,

VEL. La artilleria ha parado sus fuegos.

CON. Y parece que retrocede.

VEL. Si, es verdad, y la de granaderos defiende su

retirada.

CON. El humo de la primera guerrilla no deja ver con claridad lo que la motiva.

VEL. General, se perdió todo.

CON. Qué decís?

VEL. Mirad por este lado, fijad bien sobre la izquierda de la trinchera y distinguireis mas gente en pelotones que la que divisaba.

CON. Es verdad. La retirada de nuestros soldados despeja mas el terreno y podremos ver..... Cielos!

(Al grito del General, todos los de la escena se ponen en espectacion mirando con ansiedad al enemigo.)

Los Alaveses y Vizcainos saliendo de las trincheras atacan á los nuestros; están perdidos, la lucha es desigual por nuestra parte.

VEL. Retroceden á guarecerse en sus fortificaciones.

CON. Si, pero lucha desigual; las posiciones serán tomadas por el enemigo. No pueden defenderla y llegarán hasta nuestro campamento.

VEL. General, qué hacemos?

CON. Ayudante, volad por la cordillera, al Comandante del centro, para que baje con la columna á prevenirles un avance sobre sus fuertes. Esto les llamará la atencion mientras los nuestros se reponen.

VEL. Ya no es tiempo, General, los tenemos encima; todo se ha perdido.

CON. Jamás! Mi caballo!

VEL. ¿Adonde vais?

CON. Al enemigo. Mi presencia en medio de mis soldados, les dará un valor sobrenatural para el triunfo. Este anciano que veis no es general, es un soldado y como tal debe ser el primero

en presentar su pecho en el combate. Cuando un general, encuentra decididamente la accion perdida, ni entorchados, ni fajas, ni ordenanzas militares, le rodean, ni lo detienen; es un soldado que ve en un momento perdida la gloria de cien combates, y busca ó esa gloria ó la muerte en medio de sus soldados.

VEL. Reparad.....

CON. Nada. No hay razon que me detenga; no veis como cumplen con su deber? ¿No veis que esos buenos liberales sucumben ántes que dejarles paso adonde se halla su general? El debe morir con ellos. Si sois españoles, sino quereis desmentir vuestra raza, me seguireis. Sino, solo con mi caballo y mi espada, yo sabré abrirme camino, á la inmortalidad.

VEL. General, todos os seguiremos.

CON. Pues á caballo.

CON. ¡Viva España! ¡Viva la Libertad!

TODOS. Viva!

(*Todos toman sus caballos. Un ordenanza presenta al General el suyo, y este al tiempo de montar dirije la vista al Capellan y le dice*)

CON. Padre, vuestra bendicion.

CAP. Todos las llevais del Dios del Universo.

(*Al montar Concha suena una descarga cerrada; este se echa la mano al corazon y con voz apagada dice al asistente que tiene á su lado, cayendo en sus brazos.*)

CON. Estoy herido!

(*A este movimiento todos dejan sus caballos y corren hácia él, sosteniéndolo Velasco, el Asistente y el Capellan. El fuego de fusilería sigue creciendo hasta el final de la escena.*)

ASIS. El general herido!

TODOS. Herido!

(*El Médico precipitadamte se arroja hácia él, le pulsa, le pone la mano sobre el corazon y dice con voz apagada por el dolor.*)

MED. No herido, no, muerto!

TODOS. ¡Muerto!

VEL. ¿Y qué hacemos? Mirad, el enemigo se halla cerca de nosotros. El General, muerto y prisionero!

CAP. Prisionero, jamás. Volad, conducidlo sobre un caballo. Marchad con él. Velasco, á vos os lo encargo. Antes que entregarlo, vuestras vidas señores; mengua seria para España, tan vil flaqueza; el enemigo no pasará de este lugar, sino por encima de mi cadáver.

(Se apoderan del cuerpo del General y en sus brazos lo conducen por la derecha, miéntras tanto los artilleros que se hallan en las piezas las inutilizan clavándolas y marchan todos por la derecha; el Capellan al ver salir á las Vizcainos y Alaveses toma el crucifijo que tiene sobre su maleta y presentándoselo les detiene el paso y estos á la voz del sacerdote hacen lo que les dice.)

CAP. (*Viéndose llevar al General*) Señor, tu que todo lo puedes, salva á ese mártir que ha muerto por sus hermanos.

OFIC. ALAV. Allí lo llevan. Seguidlos. Es muerto y prisionero.

CAP. Jamás! Deteneos! ¿Adonde vais insensato? ¿Qué mal genio hoy os domina? ¿A quien buscais? A vuestro prisionero decís? Mentís. El prisionero de quien mofa y escarnio os proponeis hacer, no es vuestro, es del Redentor, es del que teneis delante. El con su gran poder lo ha llamado á su celeste trono, él ha querido apartarlo de vosotros, si, de vosotros que infestais con esa sed de sangre el mundo entero; á él con esa gloriosa muerte le ha dado en el cielo la corona de los mártires, en la tierra la de la inmortalidad. No ha podido consentir que el anciano de cien combates, el defensor de sus

doctrinas muera oscuro y olvidado en un rincon de la tierra, no, le dijo, tu hora es llegada, tu asiento lo tiene en el trono de los justos, la inmortalidad en tus hermanos, ve á buscarla á ese campo que tantas veces ha conquistado, en él la ha encontrado y España, la verdadera España liberal, sus nobles hijos levantarán hasta en el último rincon de sus rudos peñascos, un ciprés, y en sus llorones entretejerán con sus manos el precioso, el inmortal nombre del Ilustre Marqués del Duero. Bajad las armas, postraos de hinojos ante este recinto sagrado. Elevad vuestras preces al divino Redentor del Mundo para que os perdone vuestros estravios y os haga comprender el sendero y camino de la santa virtud. (*Todos hacen lo que el Capellan les dice*) Ahora marchad á vuestro campo y si quereis seguir en la lucha, seguid, pero será en valde, pues nunca faltará entre los buenos españoles, ni un Daoiz, ni un Velarde, ni un Riego, ni un Concha que defiendan el noble pendon de la Libertad.

(*Todos se van y aparecen Echagüe, Oficiales y soldados.*)

ESCENA ULTIMA.

El CAPELLAN, y los dichos anteriormente.

ECH. (*Echándose á sus piés*) Padre, el poder supremo todo lo puede. El General está libre de esos tiranos. Vos con vuestras doctrinas le habeis salvado. Habeis dicho que nunca faltaria un español que salvase á su patria. Es verdad, Concha murió, pero Echagüe, padre, con sus

soldados entrará mañana en Estella, ó España tendrá otro cadáver en sus campos. (*Volviéndose á todos*) Compañeros á vuestros campamentos y mañana, cuando el nuevo sol nos alumbre, que la bandera de libertad corone los fuertes de nuestros enemigos, y Estella sea el descanso de sus conquistadores.

TODOS. Sea.

ECH. Pues viva España!

TODOS. Viva!

ECH. Viva la Libertad!

TODOS. Viva!

ECH. A Estella, compañeros!

TODOS. A Estella!

Se oyen lejanos toques de música, cornetas y tambores y cae el telon.

FIN DEL DRAMA.

Habana 28 de Setiembre de 1874.—Como es el protagonista del episodio de la accion de Estella, el ilustre Marqués del Duero, Capitan General de los Ejércitos Nacionales, y como quiera que su Sr. hermano el Excmo. Sr. D. José de la Concha es en la actualidad Gobernador General de esta Isla; no puede imprimirse ni representarse sin permiso especial de S. E.–El Censor, Simon de Sepúlveda.

Habana 20 de Octubre de 1874.–Permítase la publicacion del Drama de referencia, pero de ningun modo su representacion.–Concha.–El Secretario, Joaquin Carbonell.–Hay un sello.

Asociación cultural
SAN PEDRO
ALCÁNTARA
1860

HERMANDAD DEL SANTO PATRONO
SAN PEDRO DE ALCANTARA